



REVISTA SEMESTRAL DE LA RED DE ESTUDIOS SOCIALES EN  
PREVENCIÓN DE DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

# **DESASTRES & SOCIEDAD**

**Y**

***Enero-Junio 1996 / No.6 / Año 4***

***Especial : Predicciones, Pronósticos, Alertas  
y Respuestas Sociales***

REVISTA SEMESTRAL DE LA RED DE ESTUDIOS SOCIALES EN PREVENCIÓN DE  
DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

**LA RED**

Red de Estudios Sociales en Prevención de  
Desastres en América Latina

**1996**

Transcurrida ya más de la mitad del Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales, muchos pueden ser los aspectos aún intocados y algunos los límites que pueden estar ya anunciándose. Sin embargo, los desastres más y menos recientes concitan la atención de una comunidad cada vez más importante de expertos y una elaboración cada vez más también cada vez más rica y especializada se muestra ante los ojos de los lectores de habla hispana. El presente número de *Desastres & Sociedad* comprueba la certeza de esta afirmación. Artículos que tratan casos de diferentes países de América Latina y del Hemisferio y que, al mismo tiempo, sacan conclusiones generales sobre los temas que tratan; permiten también reconocer importantes pasos en el planteamiento de los problemas que, como sabemos, es una parte importante de la solución. Esto puede verse tanto en la selección de artículos sobre diversos temas que constituyen su primera parte como aquellos de sus secciones especiales. En particular, el Especial Sobre Predicciones, Pronósticos, Alertas y Respuestas Sociales, con las más recientes contribuciones sobre el tema.

El Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales declarado por las Naciones Unidas para los años 1990-2000, ha creado un escenario que involucra a un conjunto de actores. Transcurrida ya más de su mitad, cabe preguntarse qué temas ya han sido tocados, en cuáles se han producido cambios, cuáles pueden ser los objetivos al año 2000. Es probable que los avances hasta aquí logrados hayan sido fruto de la confrontación de posiciones, de la afirmación de diferencias, de haber creado una plataforma para acceder a un diálogo certero. Es hora que el diálogo comience a producir cambios en las posiciones iniciales; programas que den cuenta del mismo: discursos y acciones superiores a la Primera Mitad del Decenio a la medida de sus objetivos. Puede haber llegado el momento en que el conjunto de actores del Decenio, en América Latina y en el mundo, se estén jugando la posibilidad de que el Decenio no termine como un conjunto de escaramuzas en una batalla de miniatura sino como una batalla ganada en el espacio de la realidad. *Desastres & Sociedad* quiere seguir contribuyendo con este número, a que el presente cuente con los materiales de reflexión y lectura que abran esa posibilidad.

## PATRICIO LEON GODOY

Hace ya más de 20 años ibas con tu familia, como tantos otros chilenos, en un viaje de duro origen y plazo incierto. Lejos quedaban tu Parral de nacimiento y tu Concepción forjadora de designios, en cuya Universidad hiciste la carrera de Antropología. También se difuminaron en el cielo austral el ICIRA y la Universidad de Chile.

Te esperaban por entonces en el Colegio de México. Pero tenías una beca de la Fundación Ebert y un trabajo de investigación por terminar. Decidiste hacerlo en Costa Rica y fuiste quedándote con los tuyos en esta tierra generosa. Muy pronto Pablo se sumó a Leo y a Paula Consuelo, herederos todos de tu sensibilidad. A poco andar iniciaste esos 17 fructíferos años con el Consejo Superior Universitario Centroamericano. La Universidad de Costa Rica, la Universidad Nacional y otras te tendrían muchas veces en sus aulas durante los semestres venideros.

Viviste en Costa Rica hasta el año 1991. Sobre el caudal de tu aguda y humilde inteligencia, de tu intenso compromiso con la investigación y la docencia, de tu punzante y casi desesperada manera de vivir tus principios, poco a poco te convertiste en un personaje de las ciencias sociales y de los territorios vecinos.

Conversador, silencioso, gruñón, afable, hipercrítico, abuelo de cabellos negros y orgulloso, metodólogo experto, caminador y caminante, peatón crónico, lector intenso, melómano afecto a memorización de tangos y tonadas y a unos cuantos repliegues melancólicos en soledades de tabaco, café y vodka.

Publicaste muy poco y nunca un libro. Nada dispuesto a proclamar como razones tu indudable rigurosidad y dura autocrítica, solías decir que no tenías las habilidades necesarias para ese lado del oficio. Armado de un bolígrafo descascarado, disciplinadamente renuente a los artefactos automáticos de toda índole, llenabas páginas y páginas sin importar mucho la hora. De allí salió, junto a otros manuscritos que tal vez conoceremos, lo que siempre consideraste tu verdadera obra escrita, centenares de apuntes y guías de clase, en cuya armazón modesta y enjundiosa siempre conseguiste mezclar los ingredientes del pensar y del sentir, que en ocasiones fingías vivir por separado. Al fin y al cabo, te saliste con la tuya. Optaste por plasmar tu obra en tus clases, seminarios, conferencias y conversatorios. Y lo hiciste con profundidad, crítica innovadora y elocuencia.

Hace unos cuatro años, partiste a Honduras. Por allá fuiste profesor de la Maestría Latinoamericana de Trabajo Social de la Universidad Nacional Autónoma e Investigador del Centro de Estudios y Promoción para el Desarrollo (CEPROD). Ligado por largo tiempo a temas relacionados con el desarrollo rural y el empleo, durante los últimos años te incorporaste al pequeño grupo de investigadores sociales latinoamericanos que trabajan en la problemática de los desastres, vinculándote a los proyectos de la FLACSO y de la Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina - LA RED.

Con tu constante disposición a la plática diurna, y a esos telefonazos nocturnales invariablemente polémicos, nos hiciste saber que nunca olvidabas a tus amigos. Y ten la seguridad de que eso seguirá siendo recíproco. Ibas a cumplir 52 años el próximo 13 de octubre. Tu corazón se detuvo al amanecer del 9 de agosto en Tegucigalpa. Curiosamente, ese día se celebraba, allá en Concepción, Chile, un aniversario más del Liceo donde hiciste la

secundaria, fuiste presidente estudiantil y quizás incubaste ese tozudo afecto solidario por quienes serían tus estudiantes. Tus amigos Allan y Armando

## EDITORIAL

Transcurrida ya más de la mitad del Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales, muchos pueden ser los aspectos aún intocados y algunos los límites que pueden ya estar anunciándose. Sin embargo, los desastres más y menos recientes concitan la atención de una comunidad cada vez más importante de expertos y una elaboración también cada vez más rica y especializada se muestra ante los ojos de los lectores de habla hispana. **Desastres & Sociedad** invita a sus lectores a mirar este número desde esta perspectiva. Artículos que tratan casos de diferentes países de América Latina y del Hemisferio y que, al mismo tiempo, sacan conclusiones generales sobre los temas que tratan, permiten reconocer pasos que se dan en el planteamiento de los problemas que, como sabemos, es ya una parte importante de la solución. En ese sentido es que, referirnos a una elaboración cada vez más rica y especializada, significa reconocer adelantos. Sin esa elaboración, seguiríamos caminando a ciegas, avanzando a tumbos –o retrocediendo- sin saber bien por qué. La reflexión sobre un campo específico, como el de los desastres, es central si se quiere que un Decenio Internacional sobre un tema deje huella y caminos abiertos. Y que su culminación no signifique ningún final sino la continuación en mejores condiciones: conceptuales, metodológicas e instrumentales e institucionales. Conceptualmente por ejemplo, hoy ya no hablamos sólo de manejar mejor las emergencias, ni siquiera sólo de gestión de los desastres, hablamos ya de gestión del riesgo al interior de los procesos de desarrollo. O de gestión del riesgo para que los procesos para salir del subdesarrollo sean sostenibles. No son palabras que nos alejan del tema, son conceptos que nos permiten incorporar a nuestra acción los factores antes intocados y que hacían parecer insolubles los problemas. Sin conceptos que den cuenta de la relación de los desastres con la pobreza y, por tanto, con la gestión del desarrollo: de la relación de los procesos de generación del riesgo con lo que viene ocurriendo en el ambiente y, por tanto, la relación de los desastres con los problemas de gestión del ambiente; asimismo conceptos que den cuenta de los actores de verdad involucrados en los procesos de generación del riesgo y, lo que es más importante aun, que den cuenta de lo que ya podemos saber de la sostenibilidad de los modelos; sin todo esto, no vamos a tener ni las estrategias ni los instrumentos y, por tanto, difícilmente las acciones, capaces de obtener resultados en la reducción de los desastres. Para contribuir requerimos de ideas claras y distintas. Sin ellas no hay diálogo posible, ni con la realidad ni entre los involucrados.

Uno de los campos poco tocados aún en América Latina es el de las inundaciones nacionales encargadas del manejo o gestión de los desastres. LA RED ya ha realizado un estudio comparativo al respecto y acaba de poner en circulación un libro (*Estado, sociedad y gestión de los desastres en América Latina: en busca del paradigma perdido*, Lavell y Franco 1996) que trata ocho casos de países latinoamericanos y presenta conclusiones generales sobre el tema. En este número, **Desastres & Sociedad** incorpora a esa discusión dos contribuciones más, provenientes ambas de México, seguros que continuando esa discusión se sirve a los países y a los responsables para aclarar y diferenciar los aspectos de este campo, creando las condiciones para ponerse la día y tomar decisiones.

Hay diferenciaciones sencillas que, sin embargo, están a veces ausentes. El comportamiento de la población en una situación de alerta, por ejemplo, será diferente si lo que está en peligro son los bienes o las vidas humanas. En países como los nuestros en donde la inestabilidad y el riesgo es algo tan propio de situaciones permanentes tanto en la producción –a veces dirigida sólo a subsistir- como en la vida cotidiana en general, es importante considerar el concepto como contenido más de un aspecto y relación. Si no se tienen en cuenta las particularidades de las situaciones de cada grupo y sociedad, la generalización –por ejemplo, “estamos en una situación de riesgo y por tanto la población debiera comportarse de tal manera”- no será sino parcial,

alejada de la realidad concreta y por tanto inútil. Sobre esos aspectos reflexionan y elaboran Ronald Perry y Miguel Montiel en otro de los artículos que se ofrecen en este número. La complejidad no es inmanejable, sólo hay que aceptarla y tomársela en serio para que se simplifique.

El mundo natural se organiza simbólicamente de manera diferente en grupos que provienen y aún conservan diferentes tradiciones culturales. En el **Especial** que contiene este número se trata este aspecto en relación a las poblaciones asentadas en las faldas del volcán Popocatepelt, en Puebla, México. Sin embargo, la ciencia *de Occidente* es también campo en el que la mente organiza simbólicamente las relaciones entre el hombre y la naturaleza. Los separa y a veces los hace divorciarse de tal manera que convierte al hombre en una entelequia y a la naturaleza en pura materia incapaz de tener una palabra para el hombre. En el artículo de Alejandro Rivera, Hombre y naturaleza son parte de una misma realidad y comparten un mismo ser, al que ambos pueden referir su lenguaje. Se puede construir una escena de lenguaje virtual en donde el hombre, al escuchar a la naturaleza, se escucha a sí mismo, puede establecer un diálogo interno y entonces ejercer su libertad. No rige el diálogo la tiranía que despoja de naturaleza al hombre y de palabra al ser, sino la participación a una misma escucha.

La reflexión sobre los grandes desastres pueden tener también esa virtud. Conducirnos desde la reflexión sobre las pequeñas esclavitudes y libertades de la vida cotidiana a las de las grandes estructuras. Allí también se puede dar esa escucha y allí también el hombre puede ejercer su libertad. Los daños dibujan en cifras diferenciadas las opciones que el hombre ha ido tomando. En Kobe, por ejemplo, las cifras mayores de muertos corresponden a los ancianos. No es la edad lo que los hizo vulnerables: ellos vivían en los antiguos barrios de casas de madera que colapsaron de improvisto, zonas deterioradas habitadas, sobre todo, por un alto porcentaje de población de edad avanzada. Otro grupo estadístico curiosamente alto en las cifras de muertos es el de los jóvenes: un alto porcentaje de los estudiantes universitarios viven en barrios y habitaciones en malas condiciones. “¡Oh, infelices mortales! ¡Oh, tierra deplorable! / ¡Oh, espantosa reunión de todos los mortales! / ¡De inútiles dolores la eterna conversación! / ¡Filósofos engañados que gritan: “Todo está bien” / ¡Vengan y contemplen estas ruinas espantosas!...” Así comenzaba Voltaire su “Poema sobre el desastre de Lisboa o examen de este axioma: Todo está bien” dedicado por el filósofo al terremoto de Lisboa de 1755, cuya traducción del Francés el Lector puede encontrar en la sección **Literatura y Desastres** de este número. No todo está bien.

La crítica filosófica debe conducirnos a cambiar de actitud básica. Un nuevo juicio verdadero puede conducirnos a nuevas plataformas, a dejarle tomar su lugar a ideas que sólo al principio pueden resultar desestabilizadoras. Es importante, porque el reconocimiento de los vacíos, de las dificultades, nos permitirá organizar lo existente de modo diferente. Que el enfoque social, integral de los desastres accede a un nivel de especialización y elaboración capaz de organizar las ideas y orientar la acción de un modo diferente, nos lo prueba el Especial sobre **Predicciones, Pronósticos, Alertas y Respuestas Sociales** preparado para este número por Omar Darío Cardona. Ya en el número 4 de esta revista, en el **Especial** sobre el desastre del Páez, pudimos ver cómo los avances teóricos y metodológicos provenientes de ese enfoque son pertinentes al momento de pensar la atención a la Emergencia y la Reconstrucción, por ejemplo, al diferenciar y conectar aspectos de las diferentes etapas. La reflexión que se había venido dando desde hacía años al mismo tiempo que se actuaba, la crítica independiente que se había venido ejerciendo desde distintas posiciones, y los conceptos que allí surgieron, permitieron en los días del desastre entender que era lo que estaba ocurriendo y hacer propuestas claras para cada aspecto y etapa. Esas ideas –por otro lado- sirvieron de base al momento de organizar y re-organizar la Reconstrucción. Los artículos que publicamos en ese entonces así lo dejaron ver. Lo que toca el

**Especial** de este número es otro tipo de aspectos. Pero cuando, sobre una situación dada, se anuncia el peligro inminente y surge el pánico nuevamente es necesario diferenciar. Cuando los atavismos se convierten en diferencia y se niega el peligro, cuando la población no tiene el comportamiento que todos esperan –un *todos* que curiosamente no incluye a la población –, cuando aparece lo inexplicable y se cae en la parálisis, es necesario diferenciar y conectar aspectos, explicar. El análisis entonces nos mostrará esos aspectos no reconocidos por la lectura de quien no entiende. Y entonces así se puede actuar. Parafraseado a Barry Voight –profesor de Geología, autor de uno de los libros del **Especial**- puede decirse que no se trata de lecciones que sean nuevas, pero que una vez más requieren que la fuerza de la catástrofe nos la traiga a casa. Son lecciones presentes en la conducta humana durante siglos y en diferentes culturas pero que pareciera no han sido objeto de una escucha suficiente. ¿Por qué? Su actualidad nos obliga a volver a ellas pero, al mismo tiempo, nos permite justamente hacerla objeto de escucha, nos da la posibilidad de conocer la palabra que hay en ellas y que se pronuncia insistentemente. Estamos tratando de aspectos que, en algunos países, son muy frecuentes. Dennis Mileti –autor de otro de los artículos del **Especial**- nos dice que en los EE.UU. Se presenta, en promedio, una evacuación diaria. Y también tratamos de aspectos que concluyen en hechos tan dramáticos como los de Armero. Hay casos en que los sistemas de alerta no están contruidos, y la racionalidad sobre la que se les pretende construir no parece coincidir ni les permite ingresar a los caminos por los que transcurre el pensamiento y las decisiones de la gente; hay otros casos en los que se les ha construido siguiendo los más largos caminos posibles de encontrar en las oficinas públicas, instituciones científicas, jerarquías institucionales y reglamentos. Allí la alerta es como una carta que irreversiblemente se echa a un buzón de correo y ya no puede cambiarse a pesar de la lentitud con que se desplazará. Cuando llegue, el peligro puede haber desaparecido. No será pues sólo la vida cotidiana, sus estratos y caminos lo que estará en cuestión sino, también, el lugar y la forma que les damos a las instituciones en nuestros países. Se trata de niveles y estratos de la vida cotidiana, de tipos de personas, de instituciones y de sistemas. En el **Especial** también es tocado el carácter del conocimiento que contiene las predicciones y los pronósticos. Allí es cuando las ciencias duras hay que leerlas blandamente. Es decir, entenderlas en sus incertidumbres. Las cosas, sólo si se les entiende en sus incertidumbres, son parecidas a nuestras vidas y entonces así, sí pueden ser asumidas. La amenaza dura encoge, el miedo hace huir al pensamiento. Es otro tipo de diálogo entre los hombres y las cosas el que puede construir sistemas de alerta, escucha de las predicciones y pronósticos, respuestas sociales. Sólo cuando el hombre es libre se comporta como sí mismo. Paradójicamente, son justamente los científicos a los que se pide “dureza” los que reclaman comunicación con las poblaciones. Los vulcanólogos, reunidos en Popayán, el año pasado, reclaman *compartir* en la Declaración que se entrega en **Hechos y DesHechos** de este número. Compartir la incertidumbre. Igual ocurre con los pronósticos sobre el Fenómeno El Niño o ENSO y con muchos otros. Compartir a la incertidumbre sirve a la libertad. La certidumbre ficticia no moviliza a nadie. El mundo es distinto a los estereotipos. Por ejemplo, también son los propios médicos los que nos dicen que no sólo son camillas e instrumentos los que determinan que un hospital funcione en una emergencia. Así nos lo hacía ver en Huaraz, en la Conferencia Internacional también del año pasado, uno de ellos. Las defensas civiles también reclaman colaboración y apertura. Los científicos sociales también han hecho lo mismo en otro momento. Es probable que el volcán también reclame lo mismo. Los ríos y las lluvias. Así sostiene los *temporeros* campesinos del Popocatepetl. Pero quizá es porque nadie ha aprendido a escuchar lo que lo que las cosas que suceden nos dicen día a día: que sólo se entiende cuando se escucha. La escucha hace a la palabra del otro. Sin escucha no hay palabra, son sólo ruidos, sonidos. A mitad del Decenio Internacional –cuyos involucrados en él se seleccionan y autoseleccionan por el tema *para la reducción de los desastres* –es hora que la escucha convierta el sonido y los ruidos en palabras. El Decenio ha creado un campo social de los desastres. Un escenario compuesto por los interesados en el tema. Un escenario virtual, temporal

y subjetivo, que tiene que escucharse a sí mismo si quiere convertirse en palabra. Palabra tienen un antiguo parentesco con *parabla*, *parábola*. Parábola es metáfora, mensaje. Pero, en la parábola el mensaje está indisolublemente ligado a la conducta de los personajes. Lo que hace cada cual es lo que constituye el texto de su mensaje. Ocurriendo, el Decenio es de hecho y para siempre parábola. Pero de los personajes depende cual sea su mensaje. De la relación entre sí de sus actuaciones. Que el decenio sea un mensaje claro, orientador o se convierta en nueva parábola de lo inexplicable sin palabra. Esa es la responsabilidad de cada cual y de todos. Por eso es necesario que cada cual hable, y claro, y que si no lo hace tan claramente, el escenario común sea capaz de convertir en palabra los ruidos y sonidos. Sólo así el Decenio entero tendrá una palabra más allá de cada personaje. Si no, terminado el Decenio, cada cual volverá a ser parte de una parábola distinta, los sonidos de la sinfonía se desagregarán para comenzar a formar parte de otra, gran parte del tema volverá a ser ruido, y ante los desastres volveremos a recurrir a un Dios que, por fortuna, daga día se resiste más a aceptar ser el autor de esos hechos. E intervenir en aquello que no es cosa suya. Por eso escuchar es cosa importante. De ello depende que el Decenio de cuenta del campo virtual, pero total, que le fue otorgado. El Decenio nos convirtió en uno. De nosotros depende que no salgamos nuevamente regados en muchos y separados.

No hay razones para el pesimismo. En este número de **Desastres & Sociedad** sigue abriendo sus cartas, extendiendo planos, haciendo mapas, constituyendo escucha. No puede ser pesimista porque, de hecho, su esfuerzo no hace sino representar aquello que se anuncia. En **Hechos y DesHechos** está la palabra de los vulcanólogos reunidos en Popayán con científicos sociales. También está un documento de Quito que constituye una declaración de los que comparten el tema de Hábitat y Desastres. Asimismo ofrece reportes de las actividades de colaboración de la Universidad de Buenos Aires y la Defensa Civil argentina. Igualmente un reporte de la experiencia peruana en dos de sus regiones con un programa de participación plural en torno a la información sobre desastres y a la comparación local para la gestión del riesgo. Como muchas otras experiencias de América Latina que se han reseñado en esta sección y revista, cada una de ellas constituye una parábola que dice que es posible convertir la escena virtual en una escena que es real porque transforma las cosas.